

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

El modo de bautismo [The mode of baptism]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Hodge, Charles, 1797-1878
Publisher	Fundación Editorial de Literatura Reformada (FELIRE)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-08 19:55:08
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/197769



I. EL MODO DEL BAUTISMO

El Señor Jesucristo instituyó, según creemos todos los protestantes, sólo dos sacramentos para su iglesia: Bautismo y Santa Cena. Aunque en esto hay acuerdo, existen, no obstante, divergencias sobre varios puntos relativos a estas ordenanzas. En cuanto concierne al Bautismo, las diferencias se refieren al modo, al sujeto y al efecto práctico de esta institución.

La forma de administrar el Bautismo no se ha discutido mucho en esta revista¹, y durante años apenas se ha hecho mención de ello, a no ser para dar la noticia pasajera de las publicaciones editadas por otras fuentes. Los pastores de nuestra iglesia¹ no hacen mención frecuente de este asunto, excepto cuando se ven incitados por el incesante martilleo de quienes mantienen una práctica distinta de la nuestra. La explicación de este silencio no es que nuestra fe se tambalee, ni que pensemos que la Palabra resulte oscura en cuanto a este tema, sino que consideramos que la *forma* de administrar el Bautismo es de importancia relativa. Es decir, no podemos creer que la validez de la ordenanza dependa de la cantidad de agua empleada, o del modo en que se aplique. Tampoco la validez del otro sacramento, la Cena, depende de la forma de administrarlo. Esto es algo, supo-

1. Esta obra se publicó por primera vez en 1861 en la revista *The Biblical Repertory and Review*.

2. Presbiteriana. (*N. del T.*)





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

nemos, aceptado por todos. La Santa Cena se puede recibir de pie, sentado, arrodillado o echado; al mismo tiempo en que se celebra un ágape o no; en la habitación de un enfermo, en la iglesia o en el bosque; con más o menos pan y con más o menos vino. Desde luego no se nos ha prefijado un *modo* definido para esta ordenanza. Pero el hecho es, según creemos, que no hay en este mundo una sola denominación cristiana que pretenda, siquiera, celebrarla exactamente como, el Señor la instituyó. ¿Por qué, pues, ha de ser el modo tan importante cuando se trata del Bautismo? Esta pregunta no tiene respuesta satisfactoria. Al igual que en la Cena, la forma de administrar el Bautismo es, relativamente, de poca importancia. Así lo cree, además, la gran mayoría de protestantes. Eso explica la parquedad de alusiones a esta cuestión, pues hay otras de mucho mayor magnitud a las que dedicarse.

No tenemos, por otra parte, un motivo especial para tratar el tema ahora. No nos ha empujado a ello alguna obra aparecida en el otro lado, ni somos tan vanidosos como para suponer que vamos a arrojar nueva luz sobre una cuestión tan antigua y que tan a menudo y diestramente ha sido discutida en ambos lados. A pesar de todo, hay algunas razones generales que demostrarán lo adecuado que es dedicarle siquiera sea un poco de atención.

En primer lugar, se trata de una ordenanza cristiana, que pertenece al buen orden de la iglesia, y al bienestar, deberes y privilegios de sus miembros. Así debe ser entendido en todas sus aplicaciones y en cuanto sea posible.

En segundo lugar, en casi todas las congregaciones hay personas cuyos criterios no están bien fundamentados, y cuya mente no encuentra sosiego en cuanto a esta cuestión. Esto sucede particularmente allí donde haya colisión





EL MODO DEL BAUTISMO

con quienes dan tanta importancia al modo, haciéndolo esencial, y que siempre entonan la misma cantinela. Con objeto de ayudar y defender a nuestra gente, es preciso tratar esta materia aunque sea de modo somero.

En tercer lugar, nuestro silencio se interpreta a veces mal, en el sentido de que nuestra forma de obrar no se puede defender con las Escrituras. Y por último, existe una gran denominación cristiana, a cuyos miembros nos gozamos en reconocer como hermanos en Cristo, que hace de esta ordenanza una condición de comunión y una prueba de organización eclesiástica. Por todas las razones mencionadas, se debería tratar esto con mayor frecuencia que la actual en revistas y púlpitos, aunque siempre con espíritu manso, inocente, cristiano. En hacerlo así nos esforzaremos a continuación. La verdad no sufre menoscabo con este método. Tal como hemos dicho antes, en estos tiempos apenas si se puede esperar nueva luz en cuestión tan antigua. No obstante cabe, eso si, una nueva ordenación distinta y más clara de las materias existentes. Esto es todo lo que intentamos hacer. En cuanto llevamos leído hasta ahora no hemos visto ningún autor que haya seguido la argumentación que se esboza en nuestra mente.

La suma de nuestra explicación se puede descomponer en varias proposiciones particulares.

A. *Significado del vocablo "bautizar".*

El modo del Bautismo no ha de ser determinado partiendo del uso clásico de las palabras empleadas en relación con esta ordenanza. Frecuentemente se apela a tal uso como si fuera algo definitivo en esta cuestión. Se pretende que *bapto*,





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

baptizo, baptismos, etc., siempre y necesariamente expresan, en griego secular, la idea de inmersión, y que por consiguiente deben abarcar también esta idea cuando son empleadas por los escritores sagrados. Nuestra réplica es doble:

1. No tiene un sentido único.

En primer lugar negamos esta premisa *in toto*. Esas palabras no siempre indican tal concepto. Muy a menudo se emplean en el sentido de *derramar sobre, lavar, limpiar, teñir, manchar, etc.*, sin tener en cuenta forma concreta alguna de aplicación. Pueden expresar inmersión parcial, inmersión total, absorción, o efusión. Todo ello se puede comprobar consultando cualquier diccionario respetable de griego. De hecho, nuestros mismos hermanos bautistas admiten que toda la evidencia está contra ellos. Alejandro Carson dice: “Mi criterio es que este vocablo (*baptizo*) significa siempre sumergir; y que siempre se refiere al modo. Ahora bien: dado que tengo a todos los lexicógrafos y comentaristas en contra mía, será necesario decir dos palabras acerca de la autoridad de los diccionarios.”³ Con desesperado coraje, digno de mejor causa, se enfrenta a “todos los lexicógrafos y comentaristas”. Cuál será su éxito puede conjeturarlo el lector. Su concesión demuestra, sin embargo, que según los mejores eruditos estas palabras no tienen el significado exclusivo y uniforme que él quisiera darles. Los escritores griegos las emplearon en varios sentidos y, por consiguiente, ¿cómo vamos nosotros a establecer, partiendo de tan vario uso, el sentido en que el Espíritu Santo las

3. *On Baptism*, p. 79.





EL MODO DEL BAUTISMO

utiliza al describir o instituir una ordenanza de la iglesia?
Evidentemente, el testimonio clásico no nos sirve.

2. No se usa en sentido literal.

En segundo lugar, aun suponiendo que estos vocablos se usaran de modo uniforme, y que el Dr. Carson hubiera triunfado en la imposible tarea de demostrar que siempre expresan la idea de inmersión, no se seguiría necesariamente que los escritores sagrados los empleen en el mismo sentido exclusivo. La palabra que designa al otro sacramento (la Cena) no se utiliza en el sentido fijo y uniforme que recibe entre los escritores profanos. Para ellos denota una comida completa, la principal del día. Nunca significa tomar un trocito de pan y un sorbo de vino. No obstante, esto es todo lo que nuestro Salvador hizo al instituir esta fiesta, y todo lo que mandó al decir: “Haced esto en memoria de mí.”

Pues bien: si el sentido original y uniforme de la palabra empleada en relación a un sacramento no se conserva, ¿por qué no puede lo mismo ser cierto respecto al otro?

Un cuenco de agua que se derrama o rocía sobre la cabeza del sujeto, está tan próximo a la inmersión como una miga de pan y un sorbo de vino a una comida oriental.

Por eso, aunque fuera cierto que en griego clásico las palabras en cuestión siempre significaran o favorecieran la idea de inmersión, no se desprendería de ahí que éste tuviera que ser su sentido en el Nuevo Testamento. Hay otras muchas palabras que en este último tienen un significado completamente distinto del que tienen en el primero; por ejemplo: *logos*, cuando se aplica a la segunda Per-





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

sona de la Trinidad. “En el principio era el Verbo.” ¿Qué escritor profano empleó jamás este término en tal sentido? ¿Negaremos por eso que en el citado pasaje tiene una aplicación inspirada? Naturalmente que no. Pero si en un caso nos podemos apartar del uso común, ¿por qué no podemos, con suficiente razón, hacerlo en el otro?

Así pues, con el argumento del Dr. Carson no se puede demostrar nada absolutamente definitivo, aun en el caso de que hubiera conseguido darle validez. El uso pagano no constituye la norma de interpretación. Puede ayudar y servir para confirmar a veces; pero nunca debe controlar. Nosotros apelamos sólo a la Biblia. Ésta es la autoridad para los protestantes.



B. *Los bautismos de los judíos.*



En segundo lugar, diremos que el Bautismo, en cuanto acto, no fue una novedad introducida por el Señor, los apóstoles o Juan el Bautista, sino una ceremonia común y ya conocida por los judíos. Probablemente esto difiere de la idea más extendida entre muchos cristianos, en especial entre quienes insisten en que la inmersión es el único modo. Piensan estos creyentes que los judíos no conocían ni practicaban nada semejante; que Juan el Bautista, cuando apareció predicando en el desierto, introdujo, por inspiración divina, un rito completamente nuevo; que el Señor y los apóstoles lo incorporaron a la iglesia cristiana cuando ésta empezaba a organizarse; y que la misma forma de la ceremonia se dispuso con la intención de hacer de ella una prueba para los creyentes, una especie de *test* de su disposición para hacer o someterse a cualquier cosa por





EL MODO DEL BAUTISMO

causa de Cristo. De ahí la ostentosa declaración de que no se avergüenzan de seguir a Cristo a las aguas, por una parte, y por la otra la común insinuación de que el modo contrario supone soberbia, o no estar dispuesto a la abnegación.

En contraposición, nosotros sostenemos, y nos esforzaremos en demostrarlo, que la práctica de bautizar era muy corriente entre los judíos desde mucho antes de la venida de nuestro Señor –claro está que no en el nombre de la Trinidad; pero sí como un acto de purificación religiosa–; y que en cuanto acto, por lo tanto, nada tenía de humillante o de prueba de discipulado. Cualquiera que fuese el oprobio unido al bautismo, no se debía al acto, método o manera de bautizar, sino a la adjunta profesión de fe en el Nazareno.

Éste es un paso importante en el argumento que nos proponemos ofrecer. Nuestra primera proposición tenía como objeto, simplemente, quitar la broza; o sea, desembarazarnos de esas acusaciones tan pertinaces sobre el sentido original y necesario de las palabras. Pero éstas no deciden nada: 1º) porque, evidentemente, no tienen un significado fijo y uniforme (apenas hay una palabra, en cualquier lengua de este mundo, que lo tenga); y 2º) porque aun si lo tuviera, esto no probaría que su sentido en el Nuevo Testamento sea idéntico.

Vayamos, pues, a la demostración de nuestra segunda proposición; es decir: que bautizar era un hecho corriente entre los judíos mucho antes del nacimiento de Cristo. Busque nuestro inteligente lector en Marcos 7,4: “Y volviendo de la plaza, si no se *bautizan*, no comen. Y otras muchas cosas hay que tomaron para guardar, como los *bautismos* de los vasos de beber, de los jarros, y de los





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

utensilios de metal, y de los lechos.” Busquemos también en Lucas 11,38: “El fariseo, cuando lo vio, se extrañó de que no se hubiese *bautizado* antes de comer.” Véase también Eclesiástico 34,25: “Al que se *bautiza* después de haber tocado un cuerpo muerto, y lo vuelve a tocar otra vez, ¿de qué le valdrá su lavamiento?”

Hay que tener en cuenta, naturalmente, que en la versión castellana tenemos las palabras *lavar*, *lavamiento*, etc.; pero en griego se usan los términos *bautizar* y *bautismos*. Y está fuera de toda duda que se refieren a acciones comunes entre esta gente, como el mismo texto demuestra: “Y volviendo de la plaza, si no se *bautizan*, no comen...”; “Y otras muchas cosas hay que tomaron para guardar, como los bautismos de los vasos... y de los jarros”, etc. El fariseo se maravilló de que Cristo no siguiera aquella costumbre. “Al que se *bautiza* después de haber tocado un cuerpo muerto...”, dando por sentado que se trataba de una ceremonia común. No tratamos ahora de cómo se bautizaban. La cuestión es que bautizaban, y que el bautismo, en cuanto acto, era algo normal entre ellos. Además, independientemente de lo que *bautizar* y *bautismo* implicaran o expresaran, era algo que ellos practicaban en sí mismos y en diversas cosas, siendo esta costumbre muy anterior a la venida de Cristo.

Estas palabras son, precisamente, las empleadas para el bautismo de Juan y el de Pentecostés; es decir, las palabras comunes para designar esta ordenanza en todo el Nuevo Testamento. Que los judíos bautizaban es algo tan claro como que Juan o cualquier apóstol lo hicieron, según vemos expresa y repetidamente señalado. Y por otra parte, uno de los motivos de queja contra el Salvador fue que desechaba u omitía esta costumbre en algunas ocasiones;





EL MODO DEL BAUTISMO

queja muy extraña, por cierto, si no hubiera existido tan extendida ceremonia.

El rito bautismal tampoco fue de invención humana. En la epístola a los Hebreos, el apóstol Pablo habla de “diversos *bautismos*... impuestos hasta el tiempo de reformar las cosas” (Heb 9,10). ¿“Impuestos” cuándo y dónde? Con toda evidencia, en la ley de Moisés, que prescribía minuciosamente las ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto... al que practica ese culto” (Heb 9,9), y con las cuales se asociaban estos bautismos. Es posible que el pueblo, en su supersticioso celo, añadiera algo a los detalles de sus bautismos, como lo hizo también con las ofrendas y sacrificios; pero de todas formas, tanto los unos como los otros (bautismos, y ofrendas y sacrificios), tenían su origen en un mandato divino, ya que fueron “impuestos hasta el tiempo de reformar las cosas.”

Cuando nuestro Señor vino, halló, pues, al pueblo practicando estos diversos bautismos (el de sí mismos, el de los vasos, lechos, etc.) como un hecho cotidiano. Este criterio se ve confirmado por la forma normal y familiar en que el Nuevo Testamento trata este tema. Juan apareció bautizando en el desierto, pero no hubo muestras de sorpresa o ignorancia: no se dan explicaciones. Él vino predicando “el bautismo del arrepentimiento” (Lc 3,3). Habían otros, como el de vasos, lechos, personas que venían de la plaza, etc.; pero el suyo era de arrepentimiento. Lo nuevo era la doctrina que predicaba, no la ceremonia que practicaba. Ésta la conocían ya desde tiempo antes. Era algo que esperaban verlo hacer al Mesías y a todo verdadero profeta. Por eso, cuando Juan les dijo que él no era el Mesías, ni Elías, ni el Profeta, su pregunta inmediata fue: “¿Por qué, pues, bautizas?” (Jn 1,19-25), dando a entender cla-





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

ramente dos cosas: *a)* que los profetas tenían la costumbre de bautizar, y *b)* que esperaban que el Mesías, cuando viniera, haría lo mismo.

Las palabras que pronunció el Señor cuando pidió el bautismo están del todo claras, y de acuerdo, además, con aquel familiar uso y conocimiento de esta ceremonia: "... así conviene que cumplamos toda justicia" (Mt 3,15b). Hasta tal punto era conocido y normal, que no se le podía considerar debidamente posesionado de su cargo sacerdotal sin el bautismo. Olshausen, comentando las palabras que acabamos de citar, dice: "El vocablo *justicia* significa aquí *lo que la ley demanda*. Esas palabras contienen, por tanto, el principio general por el que el Señor se conducía, y que Juan, igualmente, tenía que seguir en esta ocasión, a saber: obedecer todas las ordenanzas legales como instituciones divinas... El bautismo de Jesús es equiparable, por tanto, a su circuncisión y purificación." Es decir, se trataba de algo que la Ley demandaba, y tenía, naturalmente, que ser algo conocido por el pueblo. Así pues, el bautismo no podía ser una cosa nueva para los judíos. Era un hecho cotidiano y normal; aunque, repetimos, no se trataba del bautismo cristiano en el nombre de la Trinidad, sino del bautismo en cuanto acto aplicado tanto a personas como a cosas. Esto no puede negarlo ningún lector de la Biblia sincero e inteligente.

Además, era una ceremonia religiosa, y no una mera costumbre social, como lo demuestra: *a)* la indicación de que estos bautismos estaban "impuestos" en relación con las "ofrendas y sacrificios que no pueden hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que practica ese culto" (Heb 9,9). Los unos eran tan "impuestos" como los otros, y todos igual y verdaderamente religiosos en su naturaleza. Eran





EL MODO DEL BAUTISMO

ordenanzas religiosas y actos de adoración. Y lo mismo indica b) el hecho de que aquellos bautismos se practicaran para quitar la impureza contraída en la plaza o cualquier otro sitio expuesto. Con ellos se proponían cumplir un fin religioso, al igual que con los sacrificios que ofrecían.

En este aspecto, el bautismo era conocido y se practicaba desde hacía tiempo y, claro está, en cuanto costumbre religiosa común no había, en la naturaleza misma del acto, nada ordenado para probar la fe de quienes lo pedían. Probablemente casi todos se habían bautizado muchas veces, o lo habían visto hacer, y por tanto no podían sentir ninguna aprensión especial en cuanto al hecho en sí. Por mucha importancia que nuestros hermanos bautistas quieran dar ahora al espíritu de mártir que es requerido para seguir a Cristo a las aguas, lo cierto es que en un principio nada tenía de prueba. Fuera cual fuese la forma o modo de bautizar, se trataba de algo corriente, y por ello no podía causar ansiedad alguna en quienes estaban a punto de unirse a la causa de Cristo. La prueba no estaba en la forma o manera del acto, sino en la pública adhesión a una causa odiada y a un nombre despreciado.

C. Los bautismos judíos no eran por inmersión.

Decimos, además, que el bautismo, tal como se conocía y practicaba entre los judíos, no se administraba por inmersión, sino por aplicación del agua u otro elemento (ya que no siempre usaban sólo agua en sus bautismos) a la persona o cosa, por efusión o por aspersion. Podríamos ahora pedir a nuestros hermanos bautistas que demostraran que aquellos bautismos eran siempre por inmersión.





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

De acuerdo con sus principios exclusivistas, tienen que hacerlo necesariamente; pero no vamos a esperar a que realicen esta imposible tarea. Yendo en contra de las reglas normales de la lógica, estamos dispuestos a asumir el trabajo de demostrar una proposición negativa: *Aquellos bautismos no podían ser por inmersión*. Es éste otro paso importante en nuestro argumento, y si lo podemos afirmar debidamente, dejaremos el camino preparado para lo que ha de seguir. Veamos las pruebas.

1. La inmersión no está ordenada.

A pesar de que aquellos “diversos bautismos” fueron “impuestos” al pueblo igual que cualquier otra parte del ritual judío (ofrendas y sacrificios, por ejemplo), no obstante, en ningún lugar de la Ley de Moisés se prescribe la inmersión. No se puede dar ni un solo ejemplo de que al judío se le requiriese la inmersión en el agua, o que lo sumergieran, en cumplimiento de alguna ceremonia religiosa regular o, que recordemos, en cualquier otra ocasión. Esto es muy extraño, por decir poco, si se supone que tal acto había sido “impuesto” y se practicaba diariamente. ¿Dónde está la prueba? Si no existe tal mandamiento, ¿qué derecho tiene nadie a concluir que se hacía así, y mucho menos que siempre se lo aplicaban a sí mismos y a sus enseres? Tenemos, pues, para empezar, una fundada sospecha de que sus bautismos, “impuestos” hasta el tiempo de reformar las cosas, no eran por inmersión. En ningún lugar se prescribe tal forma.





EL MODO DEL BAUTISMO

2. Los bautismos (o purificaciones) eran por aspersion o efusión.

Esta sospecha va en aumento cuando vemos que no sólo no se prescribe la inmersión en ningún lugar, sino que además se revela expresamente otro método para llevar a cabo estas purificaciones. Una referencia a la ley levítica mostrará en seguida cuál era el método: “Así harás para expiación por ellos: Rocía sobre ellos el agua de la expiación...”, etc.; “... y un hombre limpio tomará hisopo, y lo mojará en el agua, y rociará sobre (...) las personas que allí estuvieron... Y el limpio rociará sobre el inmundo al tercero y al séptimo día... (Nm 8,7; 19,18-19). Así pues, en la antigua dispensación estaba claramente ordenada la modalidad de rociamiento o aspersion. Por consiguiente, suponer que se bautizaban o purificaban por inmersión, es suponer que actuaban sin mandamiento y en contra de las más claras instrucciones positivas sobre el rociamiento. ¿Es por ventura probable, o tan siquiera creíble, que sustituyesen una forma por otra, cuando tanto se gloriaban de su puntillosa deferencia hacia cada jota y tilde de la Ley? Tal actitud es sumamente improbable. Sus bautismos estaban “impuestos” por la Ley. Aquellos bautismos eran simples purificaciones, como todos los textos demuestran, y la purificación no era por inmersión, sino por rociamiento. ¿Se habían apartado todos del método prescrito?

3. Las aspersiones y efusiones reciben el nombre de bautismos.

Más aún: no sólo se manda la aspersion y nunca se alude a la inmersión, sino que, además, unos ciento cincuenta





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

años como mínimo antes de la venida del Señor, este método de purificación por rociamiento se nombra en los escritos judíos con la palabra *bautizar*. Préstese atención a este punto. Esta misma palabra, que tantas veces y con tanta confianza se nos dice que significa sumergir, y nada sino eso, se aplica a estas aspersiones judías. He aquí la prueba: la traducción griega de Eclesiástico 34,25 dice: “Al que se bautiza después de haber tocado un cuerpo muerto, y lo vuelve a tocar otra vez, ¿de qué le valdrá su lavamiento?” Ahora bien, la forma en que se realizaba este bautismo por haber tocado un cuerpo muerto, se ve claramente refiriéndonos a la Ley de Moisés: “Todo aquel que tocara cadáver de cualquier persona, y no se purificare, el Tabernáculo del Señor contaminó, y aquella persona será cortada de Israel; por cuanto el agua de la purificación no fue rociada sobre él, inmundo será, y su inmundicia será sobre él” (Nm 19,13).

Al no haberse *bautizado* por el muerto, rociándose el agua de la purificación, quedaba inmundo. Los versículos 19 y 20 de este mismo capítulo revelan un método idéntico. Josefo también lo describe: “Cuando alguna persona se contaminaba por un cuerpo muerto (...) la rociaban con el agua de separación, al tercer y al séptimo día, y tras esto quedaba limpia.”

Así pues, la forma en que se purificaban en tales ocasiones era la de rociamiento. Y sin embargo, se designa esta ceremonia con la palabra griega *bautizar*, cuando aún faltaban cien o doscientos años para la Era Cristiana.

Ahora bien, cuando vemos que los judíos practicaban esta ceremonia, y otras semejantes, en tiempos de nuestro Salvador, o de Juan el Bautista; y cuando vemos que la designaban con la palabra *bautizar*, que se había utili-





EL MODO DEL BAUTISMO

zados por cientos de años para indicar aspersion, ¿se puede creer que llevaran a cabo sus bautismos de otra manera? Creemos que no. Mucho antes de la venida del Salvador ya se había leído y oído que rociar por los muertos era como bautizar por ellos; y en esta ocasión en que se menciona los diversos bautismos, sería una mera suposición afirmar que se realizaban de otro modo, muy en particular si se tiene en cuenta que nunca se manda ni se alude a tal pretendida manera, en tanto que la aspersion aparece universalmente enseñada en la antigua dispensación.⁴

4. “Bautizar”, equivalente a “lavar”.

Otra prueba de que aquellos bautismos no eran por inmersión la tenemos en el uso permutable de las palabras “lavar” y “bautizar” como equivalentes. “Porque los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen. Y volviendo de la plaza, si no se *bautizan*, no comen” (Mr 7,3-4). Véase también Mateo 15,2, comparado con Lucas 11,38: “¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de

4. Y aquí podemos aventurarnos -sin presunción- a dar una interpretación del difícil pasaje de 1 Corintios 15,29: “De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?” Sobre este pasaje, el Dr. Clarke dice: “Ciertamente, este es el versículo más difícil del Nuevo Testamento.” Por lo general, se ha supuesto que quienes bautizaban por los muertos eran cristianos. Si así fuera, los problemas que surgen son innumerables. ¿Dónde se originó esta costumbre? ¿Era por mandato divino, o por superstición? Si lo primero, ¿dónde está ese mandato? Si lo segundo, ¿cómo es que el apóstol no lo condena? ¿En qué sentido se bautizaban los cristianos por los muertos? ¿Se ha de tomar la palabra bautizar literalmente, o como equivalente a angustia, aflicción o desazón?





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan.” “El fariseo, cuando lo vio, se extrañó de que no se hubiese *bautizado* antes de comer.” “Al que se *bautiza* después de haber tocado un cuerpo muerto, y lo vuelve a tocar otra vez, ¿de qué le valdrá su lavamiento? (Eclesiástico 34,25). Evidentemente, las palabras *lavar* y *bautizar* se usan para describir una misma cosa. Pero, ¿eran sus lavamientos por inmersión? ¿Se sumergían por los muertos? ¿Practicaban diversas inmersiones “impuestas” por la Ley? ¿Dónde está la prueba? Respecto a los lavamientos que se nombran en el Nuevo Testamento, Olshausen dice: “Parece ser que se usaban las manos de forma alterna: con una se lavaban la otra.” Es decir, metían una en el agua y con lo que sacaban se lavaban la otra. ¿Se parece esto a la inmersión? Y sin embargo, a estos lavamientos se les llama bautismos. Puesto que estas dos palabras se emplean de manera intercambiable, deben de evocar la misma idea, a saber, la de aplicar el agua al objeto que ha de limpiarse.

Y la preposición *por*, ¿qué significa?: ¿*para*?, ¿*en lugar de*?, ¿*a causa de*? ¿Se refiere la palabra muertos a quienes lo están espiritualmente, o a quienes lo están físicamente? ¿Quiere decir todos los muertos en general, los cristianos muertos, o los parientes muertos? Estas son únicamente algunas de las dificultades que asedian a esta hipótesis. Al resolverlas, todo ha de forzarse con violencia para llegar a una interpretación apenas tolerable; y después de todo, el pasaje queda casi tan oscuro como antes.

Pues bien: ¿no será que las personas de quien se habla eran judíos, y que la costumbre que se menciona es la de bautizarse o purificarse tras haber tocado un cuerpo muerto? Sobre esta base casi todas las dificultades que hay en este pasaje se desvanecen. De inmediato se ve en qué sentido hay que tomar la frase “bautizarse por los muertos”. Puede que la forma de expresarse sea algo extraña; pero, ¿no es mucho más fácil





EL MODO DEL BAUTISMO

5. El bautismo judío como rito cotidiano.

Por otra parte, el bautismo era entre los judíos una costumbre conocida y casi cotidiana. No sólo se bautizaban antes de la comida, o se bautizaban las manos antes de comer, sino que se bautizaban por otras impurezas, como cuando se contaminaban por tocar un cuerpo muerto; y lo mismo hacían con las mesas y lechos.

Pues bien, si esto se hacía por inmersión, cada familia debía de tener un lugar apropiado. El baptisterio sería tan esencial como la casa. Y sin embargo, en toda la historia bíblica y judía no hay evidencia alguna de que ni una sola familia tuviese tal lugar, y menos aún que todas lo tuviesen, fueran ricas o pobres, residentes o transeúntes.

Además, al no haber lo necesario para practicar la inmersión, tenía que existir algo para hacerlo de otra manera. Los cántaros de piedra mencionados en las bodas de Caná de Galilea, que estaban dispuestos “conforme al rito de la purificación de los judíos” (Jn 2,6), tenían por objeto facilitar esta operación. Aquellas vasijas, de una capa-

añadir lo que haga falta en esta hipótesis, que en cualquier otra? ¿Acaso el contraste que hallamos en el versículo siguiente, entre “*los que se bautizan por los muertos*” y “*nosotros peligramos*”, no implica que los primeros no eran cristianos? ¿A quién puede referirse ese “*los que*” sino a judíos, que ya tenían tal costumbre?

Respecto a la congruencia del pasaje así explicado con la argumentación del apóstol, hay que observar: 1º) Que sea cual fuere la interpretación que se dé, la relación es oscura; y si no podemos dar una buena solución, es debido a una dificultad común a todos. 2º) Pero creemos que hay luz en medio de las tinieblas: el apóstol está demostrando la doctrina de la resurrección. Los versículos 29 y 30 contienen, cada uno, un argumento de la misma naturaleza, a saber: que la actuación presente de las partes mencionadas implica una existencia futura y, desde luego, una resurrección. El argumento del vs. 30, desarrollado a conti-





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

cidad de 80 a 120 litros, eran demasiado grandes para meter simplemente las manos en ellas, y no lo suficientemente amplias para sumergir una persona u otros objetos voluminosos; pero convenían perfectamente al propósito de sacar el agua y rociarla o derramarla sobre el sujeto. Indudablemente, ésta era la forma en que realizaban sus bautismos.

6. Casos en que la inmersión era imposible.

La sexta prueba de que aquellos bautismos no eran por inmersión, es el hecho de que algunas de las cosas bautizadas eran extraordinariamente inadecuadas para ser sumergidas. Tómese como ejemplo las mesas (o lechos, como dice una segunda lectura). No se sabe con certeza qué eran estas mesas o lechos, pero su tamaño y naturaleza harían que la inmersión fuese improbable y difícil. Seguramente eran lo suficientemente grandes como para que se acomodasen dos o más personas reclinadas, y estarían fijas junto a la pared de la casa. Estos lechos eran, desde luego,

nuación, es simplemente éste: Si no hay resurrección de los muertos, ¿por qué estamos en peligro a cada momento?; ¿por qué corremos tantos riesgos?; ¿por qué no decir: “Comamos y bebamos, que mañana moriremos”? Eso haríamos si este mundo fuera nuestro único lugar de existencia. Pero tenemos fe en otro estado. Nuestra resistencia lo prueba. Y lo mismo sucede con el versículo anterior: la conducta de los judíos, al igual que la nuestra, implica que creen en una vida futura, y esperan una resurrección. Si no, ¿por qué se bautizan por los muertos? Es decir: ¿para qué quieren limpiarse de la impureza, si no hay un más allá, una resurrección? ¿Por qué se preocupan por la culpa, si su ser termina con la muerte?

Creemos que con esta teoría, la relación es, por lo menos, tan clara como en cualquier otra, mientras que las demás dificultades son -con mucho- de menos importancia y más escasas en número.





EL MODO DEL BAUTISMO

de uso común entre los judíos, y necesitaban la purificación bautismal igual que los otros. Por lo tanto, hay que descartar la inmersión. Pero limpiarlos por aspersión o efusión era fácil de hacer, y sin duda así se hacía. Aquel bautismo era tan cierto como el de las personas, y si atendemos a la extraordinaria probabilidad de que los lechos no podían ser sumergidos, hemos de concluir que los judíos se bautizaban sin hundirse en las aguas.

7. Hebreos 9,10 corrobora los bautismos por aspersión o efusión.

Podemos aún aportar un último testimonio en este apartado. En la Epístola a los Hebreos (9,10) se hace mención de “diversos *bautismos*, y ordenanzas (...) impuestas” al pueblo. Ya hemos hecho notar que la Ley de Moisés en ningún caso ordena la inmersión, y en consecuencia estos bautismos “impuestos” no se podían llevar a cabo de ese modo. Por otra parte, no se nos abandona a deducciones y conjeturas sobre estos bautismos. Por el contexto inmediato queda claro que eran bautismos con “la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos” (Heb 9,13). El apóstol contrasta el culto del Tabernáculo con la dispensación cristiana. En el primero había reglamentos sobre comidas, bebidas, y diversos bautismos y ordenanzas acerca de la carne. La sangre de los distintos animales, o las cenizas de la becerra, rociadas sobre los inmundos, santificaban en cuanto a la purificación de la carne. En la segunda, es la sangre de Cristo lo que es eficaz. En el primero “Moisés (...) tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua, lana





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

escarlata e hisopo, y roció el mismo libro y también a todo el pueblo... Y además de esto, roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio (Heb 9,19.21). Sin discusión, estos son los “diversos bautismos” a que se refiere el v. 10 de este capítulo. Muy poco hay aquí, en verdad, para alentar la idea de que eran por inmersión.

Vea ahora el lector un resumen de las pruebas aportadas en este apartado. Afirmamos que los judíos, en sus frecuentes bautismos, no sumergían la persona u objeto, sino que los rociaban o derramaban el elemento sobre ellos. La evidencia es: 1) No obstante haber sido estos bautismos impuestos por la Ley de Moisés, en ningún lugar de la misma se ordena la inmersión. 2) La inmersión no se prescribe ni se insinúa, pero se ordena claramente otro modo. 3) El modo ordenado, la aspersion, dos siglos antes de la Era Cristiana, por lo menos, recibe el nombre de bautismo. 4) Lavar y bautizar son palabras intercambiables. Ni para una cosa ni para la otra se practicaba la inmersión. 5) En las casas no había nada para practicar la inmersión, mientras que sí lo había para la aspersion o efusión. 6) Entre las cosas que se bautizaba había algunas que no podían sumergirse debidamente, y que sin embargo se podían rociar fácilmente. 7) Al mencionarse la aspersion, en relación con aquellos diversos bautismos, se muestra que se practicaban de aquella manera.

Preguntamos ahora si nuestra tercera proposición no ha quedado establecida. Todas las consideraciones hechas hasta aquí tienden a la misma conclusión, y, como eslabones de una cadena, forman un argumento ininterrumpido y concluyente. Por otra parte, nos gustaría saber qué clase de argumento se puede construir para demostrar que todos esos bautismos judíos eran por inmersión.





EL MODO DEL BAUTISMO

D. La forma del bautismo cristiano deriva de la del judío.

Nuestra siguiente afirmación es que el bautismo cristiano fue instituido siguiendo el modo del de los judíos, o sea, por aspersion o efusión, y no por inmersión.

1. Idéntico significado del agua en las dos dispensaciones.

Cuando en el Antiguo Testamento el agua es utilizada con fines religiosos, lo es por aspersion. Esto nos induciría a esperar, como algo natural, que si en el Nuevo se ha de aplicar de alguna manera, lo sea, en líneas generales, según el mismo método. ¿Por qué habría que cambiarlo? Si la aspersion era suficiente antes, ¿por qué no ha de serlo ahora? Y más aún si se tiene en cuenta que en ambas dispensaciones se usa para el mismo fin. En las dos es un emblema de purificación y consagración. ¿Por qué, pues, ha de ser distinta la forma de usarla? ¿Es acaso más eficaz o significativo un gran volumen que una pequeña cantidad? Definitivamente, no. De suerte que, si se ha cambiado el modo de usar el agua, hay que demostrar tanto la razón como el hecho en sí. Pero ni lo uno ni lo otro es demostrable.

2. Expresiones simbólicas que favorecen la aspersion/efusión.

Por otro lado, no sólo existe base razonable para este supuesto, sino que también lo que proféticamente se vislumbra del reino de Cristo nos conduce a confirmar esta





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

esperanza: “Empero Él rociará ⁵ muchas gentes...” (Is 52,15). “Esparcirá sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiará” (Ez 36,25). Verdaderamente estas expresiones son figurativas, pero aun así tienen significado. Implican que el uso religioso del agua se hace siguiendo el mismo método que antes. No hay ni una palabra sobre inmersión. Ni siquiera un indicio de que haya de haber algún cambio en este terreno. Ante la ausencia de tal mandato, debemos afirmar que el uso idéntico que implícitamente se hace del agua es un argumento a nuestro favor.

3. Jesús no altera el significado del agua o del vocablo.

Si a todo esto añadimos otro considerando, la suposición se fortalece aún más. Cuando el Salvador vino y se dispuso a perpetuar en Su reino el uso simbólico del agua, halló a los judíos empleando el término “bautizar” para denotar su método de purificación, que era por aspersion o efusión. Jesús utilizó la misma palabra para designar su propia ordenanza, sin indicar que el significado cambia-

5. La Versión Revisada de 1960 nos da “asombrará” en lugar de “rociará”, que es como la antigua versión de Valera traducía el verbo hebreo *nazah*. La nueva traducción -muy discutible- se funda más en razones exegéticas que filológicas. Dos pruebas hay de ello: 1º) Se han propuesto -y adoptado- en otras versiones, distintas traducciones, tales como, por ejemplo, “expiará”, “esparcirá”, “exultará”, etc., todas ellas con afán de *explicar* el texto. 2º) Se demuestra que el verdadero y literal sentido del verbo *nazah* es “rociar” por el hecho de que en hebreo moderno sigue conservando ese sentido, y sólo ese. En consecuencia, es más natural y científico aceptar esta última traducción, sin que ello prejuzgue las posibles interpretaciones del texto. (*N. del T.*)





EL MODO DEL BAUTISMO

ra. ¿Habría sido así de haber intentado introducir una nueva forma de bautismo? No. Es imposible mantener tal suposición. No hay duda de que al usar la misma palabra quería denotar la misma acción que los judíos designaban con ella.

4. Ejemplos de bautismo por efusión.

Veamos ahora algunas pruebas más directas de nuestra afirmación. La forma de referirse al bautismo del Espíritu Santo es completamente opuesta a la idea de inmersión, en cuanto modo, pero favorece la idea de derramamiento o aspersión. Observe el lector el lenguaje empleado en este tema: “Seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hch 1,5). En el capítulo siguiente hallamos el cumplimiento de esta promesa. Estando todos los discípulos reunidos en un mismo lugar, el Espíritu vino sobre ellos con gran poder; y el apóstol dijo: “Esto es lo dicho por el profeta Joel: Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne” (Hch 2,16-17a). Aquí tenemos, indiscutiblemente, un bautismo por efusión; y un bautismo, además, en el más elevado sentido de la palabra. Es cierto que el modo de operar del Espíritu Santo es para nosotros un profundo secreto; pero puesto que el mismo Espíritu Santo lo representó como un derramamiento, y lo ha llamado bautismo, es muy apropiado que lo concibamos tal como nos es representado, y no según nuestras propias ideas. Cuando, en inmediata relación con el derramamiento del Espíritu, se menciona el bautismo con agua de algunos miles de personas, no podemos creer que las metieran en el agua, en lugar de aplicarles el agua a ellas.





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

El más sublime bautismo, el del Espíritu -del cual el otro es un tipo-, es por efusión. ¿Se administrará el tipo de un modo totalmente distinto?

5. El elemento se aplica al sujeto, y no lo contrario.

Las Escrituras enseñan continuamente que el elemento se aplica al sujeto, y no el sujeto al elemento: “Yo a la verdad os bautizo en agua... Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego” (Lc 3,16). “Yo bautizo con agua... ése es el que bautiza con el Espíritu Santo (Jn 1.26,33b). “Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo” (Hch 1,5). “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hch 10,47). En todos estos casos se aplica el elemento al sujeto, y no el sujeto al elemento. Así lo muestra regularmente la Escritura; y pensamos que pesa mucho contra la idea de inmersión.

6. Bautismos cristianos *in situ*.

Es significativo el hecho de que, en tiempos apostólicos, la gente era bautizada en el lugar donde se convertía. Ya fuera en la ciudad o en el desierto; en una habitación o en cualquier camino; en la prisión o a la orilla del río; en invierno o en verano, no había demora, ni cambio de vestidura, ni traslado a un lugar adecuado para la inmersión. Cuando alguien creía, en el mismo momento y en el mismo lugar, había siempre lo necesario para bautizarlo. Es muy difícil creer que eso hubiera sido así de haberse





EL MODO DEL BAUTISMO

practicado la inmersión. Se puede suponer, claro está ; pero es una suposición harto improbable.

7. Respuesta a tres argumentos en favor de la inmersión.

Los diversos casos de bautismos relatados en la Escritura están más de acuerdo con la idea de aspersion o efusión, en cuanto modo, que con la de inmersión. Por otra parte, hay tres cosas (y sólo tres) que se aducen como apoyo de la inmersión en estos bautismos: 1º el significado atribuido a la palabra bautizar, como si necesariamente y en todos los casos expresara la idea de sumergir; 2º el uso de las preposiciones *en* (dentro), y *de* (fuera de);⁶ y 3º la expresión aplicada a Juan el Bautista, “Juan bautizaba también en Enón (...) porque había allí muchas aguas” (Jn 3,23). No obstante, estas objeciones pueden rebatirse fácilmente.

En cuanto a la primera, negamos que el vocablo *bautizar* signifique sumergir o hundir.⁷ Nabucodonosor fue “bautizado” con el rocío del cielo (Dan 4,33); el pueblo fue bautizado, en Moisés, en la nube y en el mar (1 Cor 10,2); el Espíritu Santo cayó sobre el pueblo en cumplimiento de la promesa: “Seréis bautizados con el Espíritu Santo” (Hch 1,5; 2,3.16-17; 10,44). La gente se bautizaba por los muertos -es decir, tras haber tocado un cuerpo muerto (Eclo 34,25;

6. En griego: *eís*, *apó*. Téngase en cuenta que el autor argumenta sobre la base de que la versión inglesa *King James* traduce estas partículas por *into* y *out of*, si bien, como propondrá inmediatamente, su traducción normal debe ser *to* y *from*. (N. del T.)

7. Se sobreentiende que es en el sentido absoluto y exclusivo dado por círculos bautistas. (N. del T.)





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

Nm 19,13)-, y cuando regresaba del mercado. En ninguno de estos bautismos había inmersión. Negamos, en consecuencia, el significado atribuido al vocablo bautizar.

En cuanto a las partículas *en* (dentro) y *de* (fuera de), hay que decir que lo normal es traducir las preposiciones griegas correspondientes por *a* y *de* (desde); y por lo tanto con la misma razón podía haberse hecho así en esos casos, como por ejemplo sucede en Juan 20,4: "...el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero *al* sepulcro"; y en Lucas 12,36: "...sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas". Dichas preposiciones se traducen aquí por "a" y "de", que es su acepción común. Afirmamos, pues, que con ellas nada se puede probar respecto al modo del bautismo. Pueden significar, simplemente, "al agua" y "de o desde el agua". Y aun en el caso de que hubieran de traducirse por *en* y *de* (fuera de), no se seguiría necesariamente de ello que se trate de inmersión; porque se puede inferir con la misma facilidad que se está al borde de una corriente o de un estanque, que lo contrario. Por otro lado, cualquier entendido en griego sabe que la expresión "muchas aguas", en el original es "muchas aguas"; o sea, muchas fuentes o arroyos. No cabe duda de que eran de poca importancia, porque no podía haber "muchos" ríos caudalosos cerca de Enón. No había sino las pequeñas fuentes que se necesitaban para que bebieran las multitudes que acudían al ministerio de Juan; pero no servían para la inmersión. Además, si para sumergir hace falta "muchas aguas", ¿por qué dice la frase: "muchas aguas"? Juan no podía utilizar más que un arroyo y con ello quedaría cumplido su propósito. E insistiendo más: si ése era su propósito, ¿por qué dejó el Jordán para trasladarse allí? En el lugar en que estaba había agua





EL MODO DEL BAUTISMO

en abundancia, ¿para qué buscarla en otro sitio? Por lo tanto, esta frase no tiene fuerza alguna para determinar el modo del bautismo.

Parece, pues, que todos los argumentos que favorecen la inmersión se pueden desechar fácilmente. El vocablo no significa lo que pretenden los partidarios de la inmersión. Las partículas *en* y *de* (fuera de), pueden ser también *a* y *de* (desde). “Mucha agua” significa simplemente *muchos arroyos* o fuentes, imprescindibles para las necesidades de la multitud. Debemos decir, por consiguiente, que tan vagos argumentos no proveen sino un débil fundamento para los exclusivistas dogmas de nuestros hermanos bautistas. Aparte de esto, todo lo demás, tanto en hechos como en circunstancias, está muy en contra de la opinión que mantienen, como ahora nos esforzaremos en demostrar.



8. Ni el bautismo de Juan, ni el de los apóstoles, era por inmersión.

Los primeros ejemplos de bautismo son los del precursor de Cristo. Es verdad que su bautismo no era el cristiano; y sin embargo, en cuanto al modo, era indudablemente el mismo que adoptaron Cristo y los apóstoles. ¿Sumergía Juan a quienes acudían a su bautismo? Creemos que no.

a) En primer lugar, por falta de tiempo. Aun si durante todo su ministerio no hubiera hecho otra cosa sino bautizar, no hubiese podido sumergir a las multitudes que acudían a su bautismo, formadas, como lo estaban, por “Jerusalem, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán” (Mt 3,5). Su ministerio duró unos dieciocho meses, o a lo

35





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

sumo dos años. Administró el bautismo principalmente antes de la aparición en público de nuestro Señor; y las mencionadas multitudes acudieron a Él antes de tal acontecimiento. Es imposible admitir que en tan poco tiempo las hubiera podido sumergir a todas.

b) Por otra parte, si no le hubiera faltado el tiempo, ciertamente le habrían faltado las fuerzas. Se necesitan fuerzas y resistencia sobrehumanas para estar en el agua y sumergir a tales multitudes. Sólo un auxilio milagroso de fortaleza y energía le podía haber capacitado para realizar tal obra.

c) En tercer lugar, no fue él quien introdujo la ceremonia del bautismo. Se encontró con que el pueblo ya se bautizaba, y bautizaba sus lechos, vasos, etc., como ceremonia común de purificación; y lo hacía, conforme a todas las indicaciones de la ley levítica, por efusión o por aspersion. No existen pruebas de que los judíos lo hicieran jamás por inmersión. Incluso admitiendo que metieran las manos en el agua cuando volvían del mercado, no se demuestra tampoco con ello que las sumergieran. También se metía un pájaro en la sangre de otro (Lv 14,6), o se metía la mano en el plato, sin que hubiera inmersión. No hay pruebas de que, en las ceremonias de purificación, sumergieran el cuerpo o las manos; por el contrario, hay muchas razones para creer que los rociaban. Y no obstante era un bautismo; y puesto que se usa esa misma palabra para describir el rito que Juan practicaba, hay que concluir inevitablemente que lo hacía del mismo modo.

Vayamos ahora a los bautismos del día de Pentecostés. Se hallaban todos reunidos en un mismo lugar; fueron





EL MODO DEL BAUTISMO

bautizados desde lo alto por el derramamiento del Espíritu sobre ellos, hablaron en otras lenguas; muchos creyeron y fueron bautizados con agua. Aquel mismo día fueron añadidas a la iglesia unas tres mil almas. ¿Se sumergió a estos convertidos? Para afirmarlo sólo se puede aportar el pretendido significado de *bautizar*, que ya hemos descartado. Nada más puede sugerir tal cosa al lector. Pero para negarlo se amontonan una serie de circunstancias que prohíben suponer eso. No hubo tiempo, ya que al parecer sólo los once apóstoles estaban allí para officiar, y no hubieran podido sumergir a tantos en una fracción de día. Aun suponiendo que los setenta discípulos les ayudasen, era más de lo que todos ellos podían hacer en ese espacio de tiempo. Tampoco había lugar para hacerlo, ni en el Templo ni en sus alrededores, donde estaban reunidos. Tampoco había lugar en toda la ciudad o sus proximidades, para sumergir a tal multitud en tan poco tiempo; y si lo había, no tenemos pruebas de que marcharan allí. No hay prueba de que esperasen para proceder al cambio de vestiduras, o de que tras la inmersión se fueran por las calles con las ropas mojadas y chorreando. Todo esto, unido al hecho de que su primer y gran bautismo fue por el *derramamiento* del Espíritu sobre ellos, se opone en gran manera a la idea de inmersión, mientras que armoniza perfectamente con la de aspersion o efusión. Para esto último había tiempo suficiente; el lugar donde estaban bastaba, y no se tenía que ir en busca de otro; no había que cambiar de vestido ni, por tanto, que procurárselo. Nadie tuvo que volver mojado a su casa. No hay contradicción entre el bautismo del Espíritu y el del agua. La palabra *bautizar* se emplea en todo caso con el mismo sentido, pues tanto el agua como el Espíritu se derraman sobre la gente. ¿No

37





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

bastan todas estas cosas para contrarrestar las únicas consideraciones que en su favor exhiben los bautistas (o sea, el pretendido significado de la palabra), en tanto que, como el Dr. Carson reconoce, “todos los lexicógrafos y comentaristas” están contra su criterio? No podemos creer que aquellas tres mil personas fueran sumergidas.

Examinemos ahora el bautismo de Saulo de Tarso, y forzosamente se impone la misma conclusión. Cuando iba a Damasco, respirando amenazas y muerte contra los discípulos, el Señor Jesús se le apareció con un resplandor que le cegó. Cayó a tierra, y oyó una voz que le decía: “¿Por qué me persigues?” Tembloroso y espantado, preguntó: “Señor, ¿qué quieres que haga?” Le llevaron de la mano a cierta casa en Damasco, donde permaneció tres días y tres noches sin comer ni beber. En tales circunstancias, Ananías, dirigido por Dios, fue a su encuentro. Tras haberle instruido durante unos momentos, le diría: “Y ahora, ¿qué te detiene? Levántate y bautízate.” *E inmediatamente, levantándose, fue bautizado* (Hch 9,1-19). ¿Fue por inmersión? La única prueba en sentido afirmativo es, una vez más, el pretendido significado de la palabra *bautizar*. No hay nada más en favor. Por el contrario, todas las circunstancias están en contra. En la misma casa, de pie, sin demora para prepararse, sin salir ni entrar, se pone de inmediato al servicio de Cristo.

Suponer que había una balsa en la casa, o que fueron a otro sitio, en el estado en que se encontraba Saulo, débil, después de ayunar tres días y tres noches, y que no se ha hecho mención de ello, es tomarse la libertad de suponer lo que apetezca para apuntalar las partes débiles de un argumento. Nadie hay más vehemente en el rechazo y condena de tal sistema que los partidarios de la inmersión; y sin





EL MODO DEL BAUTISMO

embargo, comprobamos que nadie es más adicto al mismo que ellos. Todo lo suponen: que *bautizar* significa sumergir, contra toda razón; que la traducción correcta de las partículas griegas *éis*, y *apó* es *en* (dentro) y *de* (fuera de), en contra del uso normal del Nuevo Testamento; que se necesitaba mucha agua para bautizar a tanta gente, y que en Jerusalén, en los alrededores del Templo, donde no había tanta agua, se sumergió a tres mil personas en pocas horas; o que fueron a otro lugar, o que de algún modo encontraron agua; que no necesitaron cambio de vestiduras, o que si se hizo no se menciona. Suponen igualmente que Pablo halló un lugar adecuado en casa de Judas, o que fueron a otro lugar. Suponen... ¿qué es lo que no suponen? Y sin embargo, éstos son los hermanos que exclaman: “Muéstrame un *¡Así dice el Señor!*”, ¡como si ellos tuvieran el hábito de guiarse por esa luz!

Estas observaciones que acabamos de hacer sobre el bautismo de Saulo, hay que aplicarlas con la misma fuerza al del carcelero y su casa. Convertido en la prisión a altas horas de la noche, y bautizado junto con los suyos inmediatamente, sin salir de aquel lugar, ¿qué instalación había allí para la inmersión? ¿Fueron acaso a algún río en plena noche? ¿Construyeron un baño allí mismo? ¡Cuántas suposiciones hacen falta para convencer de que se trataba de una inmersión! Y todo por basarse, contra “todos los lexicógrafos y comentaristas”, en el supuesto previo de que *bautizar* significa sumergir. Lo primero se asume contra todo criterio autorizado, y todo lo demás se ha de imaginar en base a ese primer supuesto.

Por otra parte, ¡qué sencillo y simple se hace el relato si se tiene en cuenta que para el pueblo judío era cosa normal bautizar por aspersion o efusión! Pablo y Silas estaban en





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

el calabozo “de más adentro”. Allí los encontró el tembloroso carcelero, libres de sus cadenas. Los *sacó* al patio, y les curó las heridas, bautizándose a continuación él y los suyos. Luego los hizo entrar en su casa y los reconfortó (Hch 16,29-34). De este modo todo es natural y fácil.

Veamos ahora el bautismo de Cornelio y su familia. Acerca de ellos se dice que “el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso.” “Se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo.” “Cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo.” “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hch 10,44b. 45; 11,15-16; 10,47). Éstos son los hechos. ¿Bautizó Pedro a estas personas por inmersión? Por un lado, no hay más que una suposición contra toda evidencia. Nada más. Pero por el otro, tenemos el hecho de que, según parece, los bautismos se hicieron en casa de Cornelio; y de que el derramamiento del Espíritu Santo sobre ellos les hizo pensar que *bautizar*, *derramar* y *caer*, aplicados al Espíritu Santo, señalaban con toda evidencia una idea similar en cuanto al agua. Además, la cuestión de *impedir el agua*, o implica que la tenían que llevar a la casa para la ceremonia, o no tiene sentido, si es que los habían de sumergir en alguna corriente o estanque públicos; porque, ¿quién les había de impedir que fueran a tal lugar y sumergieran a quien lo pidiese? Por el contrario, en la casa, y a punto de realizar el acto, la pregunta tiene significado: ¿Puede alguien prohibir que se haga aquí inmediatamente?





EL MODO DEL BAUTISMO

Llegamos ahora al caso de Felipe y el eunuco (Hch 8,26-39), que comúnmente se tiene como el más claro y decisivo en favor de la inmersión. El pensativo etíope, leía, durante su viaje, aquel bello pasaje de Isaías en que se hace clara y especial mención de Cristo y de su reino: "...como cordero fue llevado al matadero", etc. (Is 53,7). En ese mismo pasaje se dice: "Él rociará muchas gentes" (Is 52,15).⁸ Parece ser que Felipe le explicó todo este pasaje, y cuando llegaron a un lugar donde había agua, el eunuco dijo: "Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado? (...) y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe..." ¿Fue sumergido el eunuco?

Quienes responden afirmativamente, tienen que suponer dos cosas: que *bautizar* significa sumergir; y que las preposiciones griegas deben traducirse por *en* (dentro) y *de* (fuera de). La respuesta a estas dos suposiciones ya es conocida por el lector: *bautizar* no significa lo que dicen; y las preposiciones se pueden traducir normalmente por *a* y *de* (desde). En este caso pueden significar simplemente eso. Y si se entienden como señalando una entrada real en el agua, y la subsiguiente salida de la misma, no por ello se demuestra la inmersión. Téngase en cuenta que se podían quitar las sandalias fácilmente, y que estaría muy de acuerdo con las costumbres y hábitos orientales que descendieran al agua, y allí Felipe administrara el rito por aspersión o efusión. Por otra parte, es dudoso que en el lugar desierto donde se encontraban hubiera una corriente de agua suficiente para sumergir al eunuco. No parece que esperaran a obtener ropas bautismales, y no es pro-

8. Véase nota 4.





DE LA INSIGNIA CRISTIANA

bable que el viajero tuviera algunas, o que se sumergiera con lo que llevaba puesto. El pasaje que estaba leyendo en el libro de Isaías, y que indujo a Felipe a hablarle de Cristo y del bautismo, hace pensar que el modo fue la aspersión, y no la inmersión: “Él rociará muchas gentes” (Is 52,14).⁹

Se cree, pues, que éstos son todos los ejemplos de bautismos, registrados en el Nuevo Testamento, lo suficientemente detallados como para arrojar luz en cuanto al modo de bautizar. Según hemos visto, en todos los casos, a excepción de dos, el único argumento en apoyo de la inmersión es la suposición gratuita de que *bautizar* significa *sumergir*. En los otros casos existe la suposición adicional respecto a las partículas *éis* y *apó* traducidas por *en* y *de* (fuera de), o bien por *a* y *de* (desde). Ésas son las únicas razones por la parte bautista. No es, pues, de extrañar, que el Dr. Carson se sintiera llamado a emprender la titánica obra de dejar sentado un sentido exclusivo y definitivo del vocablo *bautizar*. Pero si no consigue hacerlo, ya no tiene más que decir. Y si además *bautizar* es el término que se aplica a la purificación de personas y cosas, la cual se hacía por aspersión o efusión, entonces su causa está totalmente perdida. Y lo cierto es que aplicado a esta ordenanza de la iglesia cristiana, significa, en cuanto al modo, lo mismo. Así lo creen más de nueve décimas partes del mundo cristiano, entre las cuales, por decir poco, se encuentra igual proporción de la erudición y piedad de esta época. Y sin embargo el resto (menos de una décima parte de la familia de Cristo) dice que no hay bautismo sino por inmersión, y nos acusa de ignorancia y de fe insincera, rehusa acercarse con nosotros a la mesa del Señor, y aun llega a

9. Véase nota 4.





EL MODO DEL BAUTISMO

pedir una nueva traducción de la Biblia que se incline más a su favor en esta discusión. Pero hay que decir que en la traducción actual ya se llevan los bautistas la parte del león; porque creemos sinceramente que la traducción de esas partículas (*eís*, y *apó*) por *en* y *fuera de*, cuando podía haber sido –y creemos que debía haber sido– *a* y *de*,¹⁰ es la causa principal de la multiplicación de los inmersionistas.

No obstante, dejemos esta cuestión. Estas páginas no se han escrito porque deseemos discutir con los hermanos bautistas. Puesto que creemos que el modo no es esencial para la validez de la ordenanza, podemos reconocerlos -y lo hacemos- como una rama verdadera de la iglesia de Cristo, a pesar de que en esa institución no siguen el modelo primitivo y escritural. Su causa se apoya en márgenes muy estrechos -como son el supuesto significado de un verbo y dos partículas-, mientras que todo lo demás está contra ellos. Si se contentan con ello, así sea; pero que no intenten coartar nuestra libertad, o atarnos con cuerdas de arena. Afirmamos que nuestro modo de bautizar es el que enseña la Escritura, y también el más edificante; es el modo que se adapta a todas las edades, climas y constituciones físicas. Si tuviéramos las mismas convicciones respecto a la inmersión, lo haríamos así. Pero como no las tenemos, nos sentimos constreñidos a mantener y defender nuestra modalidad.

10. Véase nota 5.

